

EVOCACIÓN DEL SEXO DEL AUTOR EN EL DISCURSO

Henry Flantrmsky M.*

Síntesis

El presente artículo ofrece las conclusiones de dos estudios sobre las diferencias semióticas del discurso masculino y femenino partiendo de los aportes de la antropología, la neuropsicología y la psicología se buscó en los escritos de niños y adolescentes los marcadores del propio sexo manifestados en el manejo de lo sintáctico, lo semántico y lo pragmático. Se encontró que las características de cada sexo se reflejan en el modo como el autor presenta la percepción que tiene del mundo empleando las posibilidades que le ofrece la lengua.

Summary

This article offers the conclusions from two studies dealing with the semiotic differences of the masculine and feminine speech. Beginning with the Anthropology, neuropsychology and psychology contributions; the proper sex marks showed by children's and adolescents' writing were searched in the handling of matters like the syntax, the semantics and the pragmatics. It was found that each sex characteristics are reflected in the way the author presents the perception he has of the world by using all possibilities that language offers him.

Tomar partido a favor de la diferencia entre el hombre y la mujer en algunos medios con cierta sofisticación académica puede ser mal recibido, ya que la acentuación de la diferencia llevó a un dominio de lo masculino, demeritando los valores femeninos. Aunque valorar a la mujer no debe ser equipararla al hombre porque se acepta otra vez la razón de ser del desequilibrio, hay personas que piensan que este es el camino para la reivindicación; luchan negando la diferencia.

El debate ha pasado más al campo emocional que al científico donde se constata la diferencia sin hacer juicios comparativos.

Partiendo de los estudios en el campo de la psicología, la neuropsicología y la antropología se podría avanzar la hipótesis que la expresión del mundo perceptivo de cada sexo sería diferente si cada persona es una unidad organizada por sus estados internos (Maturana 1996) y tomando en cuenta que esos estados internos se organizan a su vez por las estructuras biológicas; éstas son diferentes desde el simple nivel de lo morfológico hasta lo neuropsicológico

* Psicólogo. Magister en Estudios semiológicos. Escuela de Filosofía. UIS.
Profesor Titular Escuela de Filosofía

pasando por lo hormonal que sirve como mantenimiento de todo. La expresión de la "perturbación" de ese estado, (según término de Maturana), sería diferente porque la resultante de la perturbación es también diferente.

Ya lo había insinuado Van Dijk (1983) cuando afirmaba que posiblemente el discurso del hombre es diferente al discurso de la mujer; con estos presupuestos se diseñó una investigación para ver si de verdad se encontraban diferencias. Se proyectó en tres etapas, una con niños, otra con adolescentes y una final con adultos; de las tres ya están completas las dos primeras y la revisión de nuevos estudios para la tercera etapa presenta razones adicionales para mantener la hipótesis inicial.

A los tres grupos en su debido momento se les solicita elaborar una historia a partir de dos fotografías que sirven como estímulo perceptivo; cuando se inició el estudio un grupo de jueces calificó una de las fotografías como de contenido masculino y la otra, femenino, con lo cual se balanceaba el estímulo. Los niños elaboraban sus historias verbalmente y se les grababa; los adolescentes y los adultos las escribían.

La búsqueda de los elementos semióticos que puedan revelar el sexo del autor de la historia, fue realizada por grupos de personas de diferentes edades y profesiones; además ellos mismos daban adjetivos a cada historia con los cuales se captaba un sentido de masculinidad o feminidad tal como nuestra sociedad lo percibe; posteriormente se realizó un estudio a nivel expresivo, semántico y pragmático.

Las historias fueron leídas por 60 personas en la primera etapa, 56 en la segunda; se anexaba un cuestionario que pretendía comprobar si las personas de nuestra cultura detectan en las

historias elementos que ciencias como la neuropsicología y la psicología atribuyen como propios de cada sexo

En la primera etapa se aplicó la encuesta y una lista de adjetivos bipolares, pero en la segunda se optó por la aplicación solamente del diferencial semántico modificado lo cual permitía obtener la información que daba el cuestionario y facilitaba la tabulación; esta modificación se tendrá en cuenta para la tercera etapa.

El análisis de las dos etapas presenta una visión del sentido de lo femenino y lo masculino tal como lo soportan estudios neuropsicológicos que no son afectados por lo social, caballo de batalla de los feministas radicales que no aceptan la diferencia entre los sexos.

El discurso revela la percepción que cada género tiene del mundo aunque el segmento de mundo, como en este caso, sea idéntico. El estímulo visual (E.V.), las dos fotografías, facilitó la elaboración de un discurso, organizar percepciones y sentimientos en un mundo posible lo cual facilitó sacar a flote las diferentes estructuras; no había la presión de la realidad. Las personas percibían los elementos y éstos se entrelazaban con las estructuras cognitivas y afectivas más fáciles de captar, las que estaban más a flote, las que se activaban más, es decir las que marcaban la diferencia entre personas y géneros. Las niñas elaboraron discursos teniendo en cuenta en la fotografía más a las personas que a las cosas, en tanto que los niños no ven las que resaltan en el primer plano de la fotografía. Las personas que leyeron las historias de la primera etapa encontraron que los niños en gran parte hablaban de cosas y las niñas de personas.

Hay un estudio similar citado por Moir y Jessel (1994): a un grupo de niños se les sometió a una especie de test visual; debían mirar por un

aparato similar a unos binoculares y a cada ojo por separado se le presentaba una imagen, en uno era un objeto y en el otro, una persona. Los niños reportaron haber visto considerablemente más cosas y las niñas personas. Para los varones las escenas fotografiadas eran situaciones que despertaban agresividad, tomada ésta como la intensidad de la acción, ya fuera fuerza física o una insistencia, juegos de velocidad, de fuerza, ocupar más espacio, construir, usar vehículos; juegos bruscos, de empujones, de contacto corporal, de flujo continuo de actividad, de conflicto, mayor tiempo de participación, de competencia y éxito (Moir, Jessel).

En un estudio que cita Montagu (1975) en una escuela materna con niños de 3 a 5 años se observa también que los niños se interesan más por las cosas y las niñas por las personas, Ember & Ember (1990) en culturas diferentes observan cómo las niñas buscan estar cerca de las personas. Las historias de los niños se elaboran alrededor de cosas; en la investigación y en este mismo estudio llama la atención el hecho de encontrar en un 70% de los discursos masculinos las historias elaboradas alrededor de cosas, no así las mujeres.

Era una búsqueda de equilibrio entre el estado permanente interno mantenido hormonalmente por influjo de la testosterona y los elementos que en el E.V. tenían el mismo sesgo; esto es lo que da un mejor respaldo fisiológico a la escogencia de juguetes diferentes en el varón y la niña; el influjo cultural permanente no alcanza a explicar esas preferencias, mucho más cuando las niñas que por diferentes accidentes prenatales nacen con altas cargas de testosterona, se inclinan a preferir juguetes de los varones; necesitan equilibrar lo que sienten fisiológicamente con elementos que por su naturaleza resistan esa acción de intensidad, de

fuerza, de movimiento rápido como son los juguetes que la sociedad ha decidido dejar para los varones por la notoria inclinación a su uso de manera preferencial. Una figura humana vista como indefensa, una muñeca – bebé, no encaja con el esquema de acción y si no hay otra cosa a la mano debe recibir el tratamiento que le asigna el varón.

Al respecto pueden revisarse los estudios que hay con niñas androgenizadas las cuales a pesar de las censuras de sus padres que esperan un comportamiento cultural de niñas, optan por el prohibido de los niños: Moir y Jessel (1994), Ballus (1983), Segalovitz (1983), Eysenck (1977).

Las personas que leyeron las historias en la primera y en la segunda etapa calificaron los discursos que creían hechos por los niños como objetivos, cortados, fríos, rápidos, activos, rectos, impulsivos, ruidosos, lejanos y agitados. En la primera etapa se les calificó como lentos. Si los estudios psicológicos, neuropsicológicos y antropológicos coinciden con la imagen que los lectores desprevenidos elaboran, se puede afirmar con algún nivel de certeza que el discurso sí deja traslucir el género del autor por lo menos hasta la adolescencia y que esas evocaciones de la agresividad no son de una supuesta agresividad infundida por la cultura; basta recordar cómo a las niñas que traen genéticamente una masculinización hormonal, se las presiona culturalmente para que tengan conductas “femeninas” sin lograrlo, pero también a los niños en la mayoría de los hogares se les procura frenar sus impulsos sin un éxito muy notorio.

Es importante tener en cuenta el estudio de Berenbaum y Melissa Hines, citado por Kimura (1993), sobre niñas con el síndrome de hiperplasia adrenal congénita. No es posible por hipótesis un acuerdo entre las culturas para

unificar el modelo ni tampoco se puede pensar en una invasión cultural tan general que imparta ese patrón agresivo. Ember y Ember (1990) al estudiar las conclusiones de Margaret Mead quien pretende mostrar que las diferencias sexuales son totalmente culturales, afirman que los estudios recientes, con técnicas mejores, desaprueban las conclusiones de Mead (1961) y anotan que en un estudio de 6 culturas diferentes, con niños de 3 a 6 años, se comprueba el contenido agresivo en las conductas masculinas; véase también Serena N (1980) y Harris (1988).

Esos calificativos dados a los discursos de los varones, partiendo de lo que insinúa el texto, coinciden con la observación que se hace de las conductas de los niños descritos como agresivos.

Montagu (1975) cita un estudio con 579 niños de escuelas maternas de 2 a 4 años en donde la conducta de los niños coincidía: quitaban los juguetes a los demás, los atacaban, se exponían al peligro, no tomaban en cuenta las observaciones, reían, hacían más pataletas, eran más pendencieros y agresivos. Eccles J. (1985) afirma que los machos de todas las especies son, más agresivos. Esto lo saben muy bien los niños desde temprana edad sin que hayan oído discursos sociales que les presionen ya que los niños buscan a los niños y las niñas a las niñas. Al respecto puede verse a Field T (1982), Smetana, Bridgeman et al. (1978): ellos afirman que eso sucede desde los 2 años en adelante. Se buscan porque sus conductas concuerdan. A éstos y a otros autores, entre ellos Badinter (1993) les ha llamado la atención el hecho que los infantes desde muy temprana edad discriminan muy bien, sin intervención de los adultos, los compañeros del propio sexo y con ellos interactúan más y de forma diferente. La autora Badinter, dice que hay factores cognitivos

aún poco conocidos que les permiten distinguir entre niños y niñas antes de reconocer las diferencias genitales.

Obviamente los estudios que confirman la agresividad en los varones tienen buen respaldo y en la investigación interesaba seguir el rastro de esas características y ver si de alguna forma podían detectarse. Los lectores intuitivamente encontraban ese elemento, intuición que podía tener aún un sesgo cultural. Se pasó entonces a un estudio del discurso en sí desde lo sintáctico, lo semántico y lo pragmático.

El 82% de los verbos empleados por los niños en la primera etapa se encontró que eran agresivos (no así en las niñas que llegó al 40%) y en los adolescentes se encontró en forma global una proporción de 5.4 verbos agresivos en cada hombre y 1.6 en mujeres. Ésta manifestación de agresividad en los verbos empieza a conformar un cuadro semiótico de la masculinidad en el discurso.

En el mundo del adolescente, cuando la acentuación hormonal es notoria, también es notoria su presencia en el discurso. Además de lo visto anteriormente se encontró que los varones daban a entender que un solo verbo no tendría mucha fuerza por lo cual apelan al empleo de verbos compuestos o una mención de 2 o 3 pero en forma comparativamente notoria: mientras que las mujeres llegan a ser 8 casos, los hombres presentan 47; en el mismo sentido de querer acentuar la acción, los hombres modifican con adverbios la acción en forma también notoria.

En esta parte del estudio se puede ver cómo aflora la agresividad en el hombre sin contaminarla con los conceptos populares y coloquiales de la agresividad.

Cuando se busca el origen de ciertas tendencias en el hombre o en la mujer no hay punto de partida que encaje tanto como la división de labores en los comienzos de la humanización. La cacería exigía del macho niveles de fuerza, estructuras y metabolismo adecuado; en el hombre 10 veces mayor que en la mujer. Al hablar de agresividad se debe apartar la referencia exclusivamente a lo que es pelear, agredir, ofender tal como lo vivimos en nuestro medio "violento". La agresividad está en la línea de mayor acopio de fuerzas, estructuras acomodadas a ello, mayor movilidad, sin negar que la agresividad en el sentido popular ha sido durante miles de años una constante en la humanidad por todo su impulso filogenético del macho que pelea por territorio, por hembras y alimento. Las guerras jugaron un papel importante en la supervivencia de los pueblos, la supervivencia del más fuerte. La historia de muchos pueblos lo es de sus peleas, la historia de varias religiones es sangrienta, basta abrir el libro sagrado de los judíos y los cristianos donde su dios ordena matar, los acompaña en guerras y observara las guerras de sectas, como para citar sólo lo que está más en nuestro ambiente. Esta agresividad con "base" filogenética ya pierde vigencia, no hay que matar o golpear a otro para buscar alimento, pareja o techo, sin embargo las estructuras básicas prevalecen y afloran de alguna forma las tendencias; la testosterona es la hormona que facilita esas conductas.

El rastreo de la feminidad en el discurso presenta más variedad aunque en general tiene los matices de lo emocional, tanto en la relación con las personas como en la visión que se tiene del mundo.

La lectura que hicieron las personas tanto en la primera como en la segunda etapa presentaba una gran consistencia en los calificativos dados; se puede decir que un grupo de lectores, el de

las historias elaboradas por niñas y el de las adolescentes, encontró unánimemente que esos discursos eran delicados, suaves, dulces, livianos, redondos, subjetivos, calientes, calmados, elásticos y silenciosos, todo lo cual ofrece una gran riqueza para poder afianzar con éstos calificativos el aspecto afectivo, sentimental en su mejor sentido: expresión del sentimiento. Al respecto es importante anotar el aporte de Mantagu (1975) quien anota que las mujeres no reprimen sus sentimientos y esto les hace ser psicológicamente sanas; según él, aceptan los sentimientos en la función que tienen; la mayor emotividad le ayuda a amortiguar los impactos de la vida. Según un estudio de Gillespie R. sobre la segunda guerra mundial se ve cómo los varones resultaron más afectados por las impresiones de los bombardeos en Inglaterra que las mujeres; el estudio concluía: las mujeres son más sentimentales en las novelas, pero más fuertes en los bombardeos. Con estos aportes se entiende la mayor actividad cortical que dice Luria (1975) y el estudio de Munkel, recordado por Eysenck (1975) sobre la mayor labilidad emocional de la mujer; Gordon (1980) anota que los electroencefalogramas de la mujer presentan mayor activación cerebral.

La apreciación hecha por los lectores puede corroborarse con el análisis sintáctico y semántico; cuando las mujeres en su progreso lingüístico en la adolescencia emplean adjetivos se encuentra la manifestación del sentimiento de una forma acorde con lo esperado; si se compara con los varones, ellas emplean cada una en promedio 13.7 adjetivos y ellos escasamente 3; esto hizo posible que los lectores jueces dieran los calificativos anotados; es obvio que en el terreno lingüístico se facilite más la semiosis de la feminidad en lo referente a las cualidades que manifiesta el adjetivo ya que éste se dirige a la esencia del ser, a la forma como se

percibe, a una característica y en el caso de la mujer, es más fácil rodear de sentimientos con adjetivos, fenómeno que en el hombre no apareció tan fácil; éste lo hacía en otra dirección con la modificación del verbo ya que los adolescentes triplicaron la utilización de adverbios comparados con las adolescentes. Para el hombre su terreno masculino se percibe más en el verbo y no en el sujeto; el verbo soporta acción y el sujeto afecto.

En la fotografía de tema femenino, una vendedora de globos, aparecen unos niños de pocos años, de los 2 a los 8. En la primera etapa los varones no hacen alusión a los niños de la fotografía, como si no los vieran pero las niñas sí los integran a sus discursos. Este hecho refuerza la constante afectiva del discurso femenino. Si a las mujeres les atraen los niños, es un fenómeno que se da desde la niñez tal como Ember & Ember (1990) lo anotan en el estudio de las 6 culturas; en edades de 3 a 6 años, las niñas presentan conductas de niñas espontáneamente cuidando a otros niños, lo cual lo atribuyen a diferencias biológicas. Hess (1975) presenta un estudio sobre la dilatación de la pupila como signo de activación emocional; a las mujeres se les dilataba la pupila al ver figuras de niños, no así a los hombres.

En el primer estudio, con niños de 12 años, las mujeres presentan un nivel de reacción frente a las figuras de niños que aparecen en la fotografía, lo cual permite calificarlo como selectividad de percepción.

En los discursos tanto en la primera etapa como en la segunda, los verbos que indican relación entre personas están a favor de los discursos femeninos; en la primera etapa se encontraba que las niñas empleaban doble cantidad de tales verbos, comparados con los de los niños y en la etapa de adolescentes la proporción era de casi 6 veces más en los discursos femeninos.

Con el análisis de los discursos se logró detectar que hay una relación entre los aspectos psicológicos de cada sexo y la forma como vehiculan sus características por medio del lenguaje. La unidad del ser humano no podía menos que facilitar estructuras cognitivas para expresar estructuras neuropsicológicas; el mundo interno de las personas está conectado en forma de red y el discurso da cuenta de esa red que enlaza lo biológico con lo emocional y lo cognitivo; sólo sabemos algo de la percepción ajena cuando se manifiesta por el discurso y esto nos lleva a un tema apasionante ya sea por la riqueza que promete o por los intereses que lesiona: las diferencias entre los sexos.

Para los feministas recalcitrantes tratar frontalmente las diferencias entre los sexos es hacer de inmediato juicios de valor a favor de alguno y desafortunadamente esa posición no hace otra cosa que dar preeminencia al sexo masculino, mientras quienes comprobamos las diferencias, abogamos por el reconocimiento de las riquezas que cada uno aporta a la convivencia integral de la humanidad. El tema que subyace es lo referente al cerebro masculino y femenino, diferencia que viene dada desde el útero materno, en la novena semana; la hormona sexual testosterona inunda el organismo masculino modificando las características funcionales del sistema nervioso hipotalámico (Delgado, 1994). En la actualidad hay cantidad de estudios sobre el tema de la diferenciación. Moir y Jessel (1994) presentan las bases diferenciales entre hombre y mujer que da la anatomía y la fisiología pero enfatizada en el cerebro desde la influencia de la testosterona durante el embarazo; se citan estudios sobre el cuerpo calloso, en la mujer más numeroso en fibras, lo cual lleva a una mejor integración entre lo emocional y lo verbal al permitir una conexión más ágil entre el hemisferio izquierdo, el verbal y el derecho que es emocional; de ahí

que la mujer expresa mejor sus sentimientos desde más temprano en la vida, en forma verbal. Los autores presentan la proyección de esas diferencias en el campo perceptivo como la luz, la visión nocturna más favorable para la mujer por su mayor cantidad de bastones en la retina; también diferencias en la visión de profundidad, lectura de mapas, aptitud para el ajedrez, etc. Presentan también una revisión suficiente sobre las diferencias en el cerebro a partir de lesiones, de tal modo que los efectos de la misma lesión en cada sexo provoca diferentes alteraciones; por ejemplo, las lesiones en el hemisferio derecho en los hombres dañaba el rendimiento espacial, no así en las mujeres, pero si la lesión era en el hemisferio izquierdo, en las mujeres se encontraba un deterioro leve en lo verbal pero los hombres perdían gran parte de su capacidad.

Al medir la actividad cerebral de cada hemisferio cuando se les planteaban diferentes problemas a ellos o a ellas la activación era diferente, por ejemplo en los problemas de tipo espacial los hombres presentaban mayor activación en el hemisferio derecho mientras las mujeres presentaban activación igual en cada hemisferio; los autores citan estudios de Kimura sobre la diferencia en las localizaciones de la mecánica del lenguaje, la gramática, la ortografía y la prosodia. Respecto a lo verbal como diferencia entre hombres y mujeres no sólo en la producción del lenguaje como tal sino también en su calidad, deben recordarse estudios de Velutino (1987) sobre dislexia, entidad que afecta más al hombre que a la mujer; Vardais y Fin (1982) sobre el balbuceo de niños y niñas y su relación con el cociente intelectual posterior; Guzmán E. (1982) con su estandarización de una bacteria sobre Afasia; Frishman, en West and Zimmer (1985) sobre la redundancia del tema en los discursos femeninos.

Vélez A. (1990) cita estudios de Miss Jenny Levi de la Universidad de Chicago quien encuentra diferencias apreciables entre los dos cerebros, en la organización de las células de la corteza. La bióloga Cristine de la Corte y Holloway citados por Kimura (1987) y citada a su vez por Vélez (1990) encuentra el cuerpo caloso de la mujer con mayor espesor y otras diferencias cerebrales como el foco de elaboración del habla y de los movimientos de las manos. Según Kimura la porción anterior del hipotálamo es mayor en los machos; el núcleo intersticial del mismo es menor en las hembras y en los varones homosexuales. Las conexiones dendríticas resultan diferentes en cada grupo, se evita la mortalidad de las células pertenecientes al sexo; para la autora es difícil valorar el influjo real de lo ambiental por la fuerte influencia de la sexualidad neuronal.

Al revisar la literatura al respecto se encuentran muchos estudios sobre la diferencia biológica de los sexos, pero también se encuentran estudios que tratan de rebatir las afirmaciones sobre las diferencias, ya sea porque la réplica de los estudios no resulta o por dudas sobre la metodología que parece que se están enfrentando en una lid jurídica. Pero lo que se pretendía con este estudio era buscar la evocación del sexo del autor a partir de unas marcas en el discurso y se encontró ya fuera por parte de los lectores que a ciegas leían el discurso y trataban de "adivinar" el sexo del autor o por parte del investigador que con la ayuda de esos aportes y del estudio del discurso desde la lingüística, encontró los indicadores que permiten relacionar las características de cada sexo con el manejo de lo sintáctico, lo semántico y lo pragmático. No importa la razón por la cual existan las diferencias pues ellas enriquecen la humanidad y mientras se valoren, la humanidad estará siempre protegida por el varón y cuidada por la mujer ya que de la

neuropsicología y la anatomía de cada sexo se desprende el sesgo de la psicología de cada uno. Cuando comprendamos que la mujer ve otra cara del mundo o la misma desde otro ángulo y que la visión del hombre no es el prototipo, llegaremos a comprender que la relación humana será siempre a partir de acuerdos, cuando no de la imposición de un criterio que se crea el dueño de la verdad. El hombre podrá ajustar su masculinidad a la visión femenina y la mujer hará otro tanto. Con alguna frecuencia el hombre o la mujer no valoran en su justa medida el lenguaje del otro sexo. La psicología y la lingüística nos van abriendo camino para encontrar el sentido de lo femenino y de lo masculino en el discurso;

no basta encontrar el otro sexo a partir de la percepción que se tiene en los encuentros, hay algo más profundo que aflora en el lenguaje. El hombre aprenderá a experimentar la delicadeza del cuidado al entrar en contacto con el discurso femenino y la mujer sentirá la fuerza de la protección al encontrarse con el discurso masculino pues sin lo uno y lo otro la vida como vida humana hubiera desaparecido, pues todo niño que llega al mundo es lo más indefenso pero desde hace miles de años encontró muy cerca el cuidado de la mujer y ella se sintió segura en su misión porque el hombre protegía al hijo que nacía indefenso y a la madre que en su relación requería de algo que podía ser incompatible con el cuidado: la fuerza.

Bibliografía

- BADINTER E. (1993) X Y. La identidad masculina. Bogotá. Norma
- BALLUS C. (1983). Psicobiología. Barcelona. Herder.
- DELGADO J. M. (1994). Mi cerebro y yo. México. Diana.
- DIJK T. (1980). La ciencia del texto. Barcelona. Paidos.
- ECCLES y Zeir. (1985). El cerebro y la mente. Barcelona. Paidos.
- EMBER & Ember m. (1990). Anthropology. N. Jersey. Prentice Hall.
- EYSENCK y Wilson G. (1981). Psicología del sexo. Barcelona. Herder.
- FIELD T. (1983) P. A. Vol. 69 No. 1
- GORDON R. (1982). El cerebro y la mente. Barcelona. Planeta.
- GUZMÁN E. (1982). Neurología en Colombia. Primer congreso internacional.
- HARRIS M. (1994). Nuestra especie. Madrid. Alianza.
- HESS E. (1975) En psicología contemporánea. Madrid. Blume
- KIMURA D. (1993) Cerebro de varón y cerebro de mujer, en Mente y cerebro. Barcelona. Prensa científica
- MATURA H. (1996) Desde la biología a la psicología. Santiago de Chile. Universitaria.
- MEAD M. (1961). Sexo y temperamento. Buenos Aires. Paidos.
- MOIR A. Y Jessel D. (1994). Sexo y cerebro. México. Diana.
- MONTAGU A. (1975). La mujer sexo fuerte. Madrid. Guadarrama.
- SERENA N. (1980). Antropología cultural. California. Wad Sworth international.
- SEGALOVITZ (1983). Lenguaje Functions and Brain organization. N. York. Academic Press
- SMETANA et al. (1980). A Field study of interpersonal distance. P. A. Vol. 6 No 3.
- TAURIS C. and Offir C. (1977). The longest war, sex differences in perspective. N. York. Harcourt Brace. Javanovich.
- VARDARIS R. Y fink . (1982). Ciencias de la conducta. México. McGraw-Hill.
- VÉLEZ A. (1990). El hombre, herencia y conducta. Medellín. U. De Antioquia.
- VELUTINO F. (1982). Dislexia. Barcelona. Investigación y ciencia.
- West and Zimerman (1985). Gender, lenguaje and discourse. Orlando. Academic Press.